

La Semana Santa

EN GRANADA HACE MEDIO SIGLO

Escrito quizás en el primer cuarto de siglo del siglo XX

ENRIQUE GUZMAN BERMUDEZ

Nos encontramos en pleno tiempo cuaresmal, época que precede a la celebración de la Semana Mayor, o Semana Santa, fiesta que es movable, pero que por estar sujeta su fijación a las fases de la luna, y caer siempre entre los meses de Marzo y Abril, meses muy semejantes, de intenso calor, de días iguales, de polvo asfixiante y en que la Naturaleza toma un aspecto calcinante, y canicular, la Semana Santa se siente, pudiéramos decir, en el ambiente, en los rayos solares que caen perpendiculares sobre nuestras cabezas, en el aroma de la flor del corozo y de las sargas de "nicaraguitas" que se venden en los mercados; en el gran número de cuestores que se encuentran por las calles pidiendo limosna para "su santo"; en las paredes mandadas a encalar probando el buen gobierno del señor Alcade; en el ir y venir de los que compran en el comercio sus "estrenos". Es la época de las vacaciones de los colegios, de los paseos al mar, a la finca del papá, o de pasar unos días siendo huésped de algún amigo o pariente en alguna ciudad lejana.

Luego vendrán los días santos, a los que antecede el Domingo de Ramos, alegre y bullicioso. La chiquillería que rodea a la mansa BURRIQUITA, a la que no se cansa de admirar sus ricos arreos, sus cascotes y orejas adornados con papel dorado, y al Jesús de madera cabalgando sobre un pollino ricamente enjaezado y en actitud de dar la bendición con su diestra.

En la esquina donde ahora está el Teatro Colonial se formaba una enramada que representaba la puerta de los muros de Jerusalén. Allí hacía alto la procesión que venía sobre la calle Real. En la enramada de que hablamos se hacía la ceremonia de golpear la puerta para que Jesús entrase, y se cantaba el HOSANNA que entonaba el maestro Deodoro Barberena, violinista de fama. No tenía dientes el cantor, pero el público encontraba divino aquel canto, y al viejo músico lo comparaban con Rossini.

El Prefecto del Departamento, entre otras atribuciones tenía la de llevar del ronzal la burra de Jesús el Domingo de Ramos, costumbre que vino a romperse cuando fue Prefecto don Roberto Lacayo, el año de 1881; siendo desde entonces privativo de los Alcaldes Primeros, como se llamaban, el llevar de la brida la burra de "mi Padre Jesús". Todavía el año de 1892, siendo Alcalde Don Narciso Arévalo padre, recordamos haberlo visto de-

sempeñar ese encargo con levita larga, bolero y las borlas de chaquiras en el bastón. Cuando fué decretada la separación de la Iglesia y del Estado, católicos fervorosos mantuvieron la costumbre de servir de palafreneros de Jesús en la procesión del Domingo de Ramos, y por su orden desempeñaron este oficio Don Manuel Urbina, el Lcdo. Manuel Pasos Arana, Don Félix Romero y otros.

Las calles por donde pasaban las procesiones se barrían y regaban. Después se esparcía sobre ellas trigo reventado, flores de palo o corozo desgranado. En el frente de las casas se ponían, de trecho en trecho, amarradas en estacas, banderas nacionales, palmas de coco, hojas de pacaya, contribuyendo todo esto a la animación de conjunto.

Procesión de fama era la del Martes Santo por la tarde, del Jesús de las Ximenitas, llamada también de los "Jesusitos" por el gran número de niños que salían en andas, vestidos de Jesús, imitando a la imagen en el paso de la cruz a cuestras. Era de verse el lujo, el esplendor que gastaba la juventud femenina en esta tarde del martes santo. Muchas se echaban el sombrero, otras se bajaban el vestido, señal de que la niña dejaba de ser "polla" para convertirse en señorita.

Detrás de la sagrada efigie iba un grupo de cinco o seis hermanas, cubiertos sus rostros con pañolones negros de burato, de caras pálidas y marfiladas, por estilo de la de León XIII. Eran las piadosas guardadoras de aquella preciosa escultura, cuya propiedad nadie les disputaba, porque en ninguna otra parte se podía conservar con mayor respeto y veneración que en poder de aquellas santas y angelicales viejecitas.

El Jueves Santo era el más solemne del año. Había que verlo. Las matracas de las torres llamando a los fieles para la celebración del "Mandato", a las tres de la tarde, con la asistencia de las primeras autoridades civiles y militares, vestidas de rigurosa etiqueta, y portando en sus bastones las borlas, insignias de su autoridad, los primeros, y vestidos de lujoso uniforme, los segundos.

En un sitial ocupaban puesto de honor los Magistrados, el Prefecto del Departamento, el Alcalde de la

ciudad y altos funcionarios. Dos de ellos ayudaban al señor Cura a lavar los pies a 12 niños que hacían de Apóstoles, llevando el uno la palangana de plata y el otro la toalla y el pichel con el agua para hacer el pediluvio, a semejanza del que hizo Jesucristo a sus Apóstoles en la noche de la última cena.

Terminada esta ceremonia, y pronunciado el sermón clásico de costumbre, salía el clero, acompañado siempre de las autoridades y seguidos de la Banda Marcial, y del pabellón nacional custodiado por numerosas oficialidad, a hacer las estaciones por las calles rezando en alta voz el Rosario. Así visitaban los "Monumentos" llamados también "Sagrarios" en Guatemala y otros lugares, en cada uno de los cuales se acostumbraba guardar el cuerpo de Cristo costumbre que ha desaparecido— que consistía en hacer guardia, montando armas, y por espacio de un cuarto de hora, al pie de los "sagrarios" y frente a un Cristo crucificado, que envuelto en velo morado permanecía recostado en una almohada colocada en una alfombra al pie del altar.

Los jóvenes "bien" se disputaban este honor permaneciendo de plantón con su rifle a la funerala, mientras hacía guardia. Los rifles era distribuidos a las diferentes iglesias por la autoridad militar y un sargento hacía de cabo para los efectos de los que debían relevarse en cada turno.

El Presidente de la República se colgaba al cuello, el Jueves Santo, la llave del Sagrario, e igual cosa hacían los Prefectos en las cabeceras departamentales, y los Alcaldes en sus respectivos puestos. Desde el Presidente General Martínez hasta el Dr. Roberto Sacasa, inclusive, duró esta costumbre. Aquí en Granada la vimos prácticamente establecida durante los períodos presidenciales de Guzmán, Quadra, Chamorro y Zavala, quienes invariablemente venía a pasar a su casa la Semana Santa y asistían a todas aquellas ceremonias que por su posición oficial estaban obligados a presidir como Patronos que eran de la Iglesia, derecho que les daba el Concordato celebrado con la Santa Sede el año de 1862.

En toda la Semana Santa no se encendía fuego en las casas para cocinar y en particular el Jueves y el Viernes Santo; además de la completa abstinencia de carnes, no se cocinaba, debido en parte a que la gente no tenía tiempo de guisar sus comidas, pues absorbían su atención la asistencia a los divinos oficios, así llamadas las Misas que se dicen en esos días por la infinidad de ceremonias que se practican en ellas.

El obligado predicador era el Padre Agustín Moreira que poseyendo sin duda una buena retentiva, repetía de memoria los sermones de Fenelón, de Bossuet, de Lacordaire y del Padre Didón, agregado a esto que tenía buena mímica, noble continente, buen metal de voz. Bianco y sangíneo era su rostro; alta la frente, con grandes entradas; el pelo, entrecano, caía en bucles sobre sus

sienes; la nariz abultada, su complexión recia y buena estatura. Los Jueves y Viernes Santo agregaba este sacerdote a su indumentaria ordinaria el manteo español y el sombrero tejano o de nuégano con el alzacuello de chaquiras de diversos colores. El resto del año llevaba siempre sombrero de pita y la sotana antigua, especie de cojón sin ningún pliegue que la ciña al cuerpo.

Doce pesos plata era el estipendio que recibía el Padre Moreira por cada sermón. En el del Viernes Santo no faltaban nunca los truenos del Sinaí, los lamentos de Jeremías, las imprecaciones contra el pueblo deicida, y cuando se llegaba el momento del descendimiento que hacían dos piadosos varones descolgando a Jesús de la Cruz, era de verse la emoción pintada en todos los rostros y la estupefacción de los muchachos al contemplar las espaldas flajeladas del Crucificado, mostradas al pueblo de orden del predicador, para que viéramos en esa carnicería el precio de nuestro rescate.

Momento espectacular era también el que tenía lugar durante el ejercicio de las Siete Palabras al llegar al punto de expirar Jesús en la Cruz. La acción se representaba en el templo de San Francisco, cuyas puertas y ventanas se cerraban y los muchachos se encargaban de simular las tinieblas que consistían en golpear fuertemente las puertas con grandes trozos de ladrillos de barro cocido. Las puertas, hechas de grandes tablones de madera, eran lo suficientemente resistentes para soportar aquel tableteo que duraba de 10 a 15 minutos. Por lo visto se comprenderá que ni un solo detalle dejaba de cumplirse en todo lo concerniente a la representación de la Pasión y Muerte de nuestro Redentor.

A continuación salía la procesión del Santo Sepulcro de la que siempre daba la crónica el poeta Don Procopio Vado y Surrizana en acicalados versos, en los que salían a relucir los nombres de las señoritas que habían asistido a ella, con la descripción de sus trajes y a las que solía colgarles adjetivos extravagantes como el de "corsaria" refiriéndose a una dama muy alta y robusta; "hircana" a otra por decirle hermosa; "aquí desmaya mi pluma", expresión que denotaba que su numen no recibía inspiración en aquel momento; "asesinando mortales" quería significar cautivando corazones, dejarlos muertos de amor, y así por el estilo.

El Sábado Santo, después de cantar Gloria en la palingenesia de la Misa, durante la cual se disparaban cohetes y petardos por todos los ámbitos de la ciudad, acudía los fieles a tomar el fuego que se había bendecido al comenzar los Oficios que tienen lugar ese día en el atrio del templo, para encender el de las cocinas que habían estado apagados durante toda la semana. Era un símbolo de la renovación de los espíritus, verificado por medio del Sacrificio del Calvario significada en la bendición de los elementos: el agua y el fuego, señal de la purificación de las almas con el agua del bautismo y con el fuego del amor divino, o de la penitencia debida a nuestras culpas.